

CAPITULO SEGUNDO

Cerraba la noche del 3 de Junio de 866, con una tormenta ter

El agua caia á torrentes.

La ciudad de Cuernavaca estaba envuelta en una nube negra como una fantasma del valle.

Como á dos tiros de ballesta de la garita estaban dos hombres sobre unos caballos acosados por la lluvia.

Esos dos hombres permanecían en silencio.

El uno tenía cubierto el rostro con un antifaz, y llevaba una capa de hu-

le y un sombrero de fieltro negro con las alas caídas á impulsos del agua que azotaba sin cesar. Montaba un alazán árabe que relinchaba y se sacudía por intervalos.

El otro ginete era el teniente coronel Pablo Martínez. Ya no era aquel jóven alegre y campechano que se burlaba de las balas

y de los elementos: las desgracias lo habían hecho sombrío, adusto, melancólico, y de un carácter ágrio e insopportable.

Cuatro años de infortunio habian operado esa metamórfosis.

Pablo Martínez había visto desaparecer uno a uno sus más queridos compañeros.

La muerte de Quiñones le tuvo apesadumbrado durante muchos días, y el fusilamiento de Nicolás Romero y del general Arteaga, habían vuelto su corazón hacia el lado de la sombra.

Martinez, que antes se distingua por su misericordia, realizaba por la

Era implacable con los enemigos, y á cuantos extranjeros del ejército imperial caian en sus manos, los mandaba fusilar, prohibiendo á sus subordinados le trajesen prisioneros.

Aquel hombre tenía sed de sangre; su alma había caído en el abismo sombrío de la locura y del despecho.

El nombre de Martinez era un éco de terror que hacia estremecer a las poblaciones.

Los soldados imperiales no dormían cuando el guerrillero acechaba y tenía á las poblaciones en un perpetuo sobresalto.

El arrojo del republicano no tenía límites: bravo en la batalla, y temerario en el duelo personal, no había más disyuntiva al encontrarse con el

Habia adquirido una práctica tan admirable en los combates, que no se le ocurría enemistar con él.

—Pero lo que formó de mis bocazos —
Mentira.

Martínez no llevaba á la zona fría los caballos de Tizón, sin

que de seguro le faltarian á la mejor ocasión. Siempre se adheria á los naturales del terreno donde peleaba.

El guerrillero iba en pos de las probabilidades, y solo contrariado por la fortuna, sufriría un descalabro.

Martinez tenia un defecto gravísimo: desde los primeros tiros se le subia la sangre á la cabeza, y empeñaba la lucha sin pensar en el momento en que el telon caeria sobre la escena.

Hubo vez en que él solo pudiera escapar milagrosamente de la muerte. Martinez era el brazo derecho del general Riva Palacio.

Próximamente diremos algunas palabras sobre este joven caudillo, que ha mantenido durante la lucha siempre encendida la tea revolucionaria.

La amistad que el autor de este libro profesa a Vicente Riva Palacio

hará detener su pluma, y respetando su modestia, no trazará en estos apuntes, hechos que la historia se ha encargado de recojer para transcribirlos al libro de la posteridad.

La muerte de Quijano es la desgracia que durante mucho tiempo dura el reinado de Moctezuma II, heredero a su hermano Atahualpa.

II.

A corta distancia del guerrillero y del hombre del antifaz, había un grupo de ginete.

Dos de ellos son muy conocidos de nuestros lectores.

—Qué casualidad! decía uno de ellos, estoy en el teatro de mis hazañas. Mira, Serafín, tomando la calle recta que comienza en la garita, y junto a esos árboles que están a la salida de la ciudad, quedé muerto el austriaco.

—Sí, dijo su interlocutor, fué un duelo famoso; y la muchacha, qué se habrá hecho?

—Si yo lo supiera, hacia una de Dios es Cristo, me la robaba esta misma noche. Si entramos a Cuernavaca, me acompañarás a la reja misteriosa; si vive aún mi beldad desconocida, haremos una de populo bárbaro.

—Convenido; yo la llevaré en mi caballo, que es manso por demás.

—No, eso si no puedo consentir, yo me la róbó y yo me la llevo.

—Pero no ves, hombre de mis pecados, que tu caballo tropieza a menudo, y vas a lastimárla.

—Eso no importa, yo pondré más cuidado que nunca.

—Eres un necio y ya a sucederá una desgracia.

—A mí nadie me da consejos, yo sabré hacer con la muchacha lo que mejor me parezca.

—Yo no lo consentiré.

—Y quién eres tú para levantar la voz?

—Quien no tembla ante amenazas!

—Ea, bergantes, dijo uno de los guerrilleros, vamos a pelear por una mujer que no sabeis si aun existe!

—Es verdad, dijo Enrique, somos unos lecos; mañana que no llueva tanto nos daremos un abrazo.

—Convenido; pero lo del rapto no lo echemos en olvido.

—Imposible; de algo ha de servir andar en la guerrilla pasando estas noches de perros.

—Como que hueve como una catarata.

—Estoy empapado hasta los tuétanos.

—Como no nos caiga un rayo todo está bueno.

—Querido, no ceso de pensar en nuestras hermosas protectoras; te confieso que me iba enamorando sin sentirlo.

—De cuál de ellas?

—De las dos; mi corazón tiene una elasticidad asombrosa; soy una máquina de fotografía; se me graban todas las chicas que se me ponen delante.

—Debés tener sangre de iodo.

—Precisamente; debo tener alguna composición química, porque todas, literalmente todas, me gustan á rabiar.

—En cuanto á Luz y á Clara tienes razón.

—Y pensar que ese sátrapa del general Fernández vendrá á llevarse á Luz, es para reconocer el imperio y soplarle á la dama.

—Está apasionada á macha martillo.

—Es una Eloisa, ¡cáscaras! en estos tiempos es una rareza metafísica.

—No te entiendo.

—Ni yo, pero tú debes calcular lo que quiero decir; ¡demonio! ese rayo debe haber caído muy cerca.

—Así parece.

—Aun no nos acostumbramos á esta vida.

—Si esto dura dos años más me entierran.

—Creímos morir los primeros días, y ya ves que nos conservamos con entera salud.

—No sucede así á nuestra ropa; con los faldones de la levita he remendado el pantalón.

—He prescindido de los acicates, puesto que mis botas no conservan ya los tacones.

—Diablo! y á mí me sale la oreja entre el ala y la copa del sombrero.

—A aquella camisa almidonada que era mi lujo en la corte, me abandona con la mayor ingratitud.

—¡Y tú que no comprendías la existencia sin los guantes!

—Calla! aquello era tortas y pan pintado; mi cutis se ha puesto tan negro que parezco originario del Congo.

—Mi cabellera se parece á la de Cola de Tigre, aquel famoso comandante.

—Parecemos gitanos, ó peregrinos de la Meca.

—A aquella conversación, llevada con aire de broma, era la historia de toda esa juventud que se lanza á la revolución, abandonando sus goces y comedades para aceptar esa peregrinación de la miseria á la muerte.

La mayor parte de esos jóvenes pertenecen á buenas familias: ceden al espíritu de la época, y aceptan los trabajos consiguientes á la situación del que se empeña en la tempestad revolucionaria, hasta connaturalizarse con los peligros, esponiéndose á morir en un campo de batalla, abandonado, sin quien reciba su último suspiro.

De esas filas salen los hombres de Estado, se alzan los héroes, y resplandecen esos espíritus luminosos que arrastran en su tránsito una época y una civilización.

Mira, Serafín, mirando la casa.

—Tu encanto es Tú y Guadalupe.

—Y buscarte de ese modo te diré.

Luz, es mejor recordar el impecio a la dame.

III.

La tormenta se había alejado con su estrépito terrible en el horizonte, y algunas estrellas comenzaban á destacarse en el fondo del cielo.

El hombre del antifaz y el guerrillero permanecían en silencio.

El teniente coronel Martínez fué el primero en interrumpirle.

—Ha cesado la tormenta, dijo un tanto molesto.

El del antifaz no respondió.

—No sé á qué me has traído; yo cedo á tu influjo desde aquella noche fatal en que dejamos á aquel hombre sepultado en la tumba de la venganza.

El fantasma movió la cabeza.

—Tú, continuó el guerrillero, me has hecho encontrar á mi madre; me indicaste la casa de mi hermana, y hoy me traes á esta ciudad. Aquí vive Guadalupe; ella no me espera, y yo ardo en deseo de estrecharla en mis brazos.

—Plegue á Dios que no te pose, Martínez, dijo el fantasma.

Estremeciéronse el guerrillero, y un frío glacial discurrió por todas sus venas.

Pasóse un momento de silencio, en que Martínez reflexionaba en vano sobre las palabras misteriosas del personaje, cuando sonó el toque de ánimas en la parroquia de la ciudad.

—Martínez, dijo el fantasma, el hombre ha nacido para las vicisitudes, y es necesaria toda la calma para las horas supremas de la vida. Vas á pasar por una crisis violenta e inesperada.

—Prosigue, dijo temblando el guerrillero; rasga ese velo misterioso que encubre tus palabras, me he familiarizado con el infierno, nada espero, nada temo.

—Va á desarrollarse ante tu vista un drama en que debe haber una víctima, cuida de no herir á un inocente.

—Sácame de aquí! gritó Pablo, quiero algo de luz.

—Marcha á tu casa y cuida de no olvidar cuanto te he dicho; acaso llegues á tiempo; puedes aún salvar la honra de tu hermana y la tuya, Pablo Martínez.

El guerrillero recorrió con sus espuelas los hijares de su caballo, y partió á todo escape con dirección á la casa de su hermana.

IV.

En un pequeño gabinete, adornado con sencillez pero con un gusto delicado, estaba Guadalupe, la hermana de Pablo Martínez.

Aquel aposento revelaba en todos sus detalles el espiritualismo de una alma enamorada.

Sobre unas columnas de estuco, unos jarroncitos de porcelana transparentes como el hielo, sosteniendo unos ramos de flores naturales que despachaban un bálsamo purísimo y embriagador.

Un gran espejo sobre un confidante de bejuco, y frente á una ventana, reproduciendo los árboles del jardín y los celajes del cielo.

Las blancas flores de los naranjos, se asomaban al aposento por la ventana, y servían de pebeteros de azahar, en aquella atmósfera tibia y llena de esencias.

Unas bugías de esperma dentro de unos fanales de un gusto esquisito, daban una luz suavísima que reflejaba en el limpia maque del maderamen.

En el cielo del aposento, había un fresco representando la Primavera, derramando una lluvia de flores.

El papel del tapiz era lila y oro.

Había dos grabados magníficos en los lados adyacentes adonde estaba el espejo.

El uno representaba el puerto de Trieste, y el otro el castillo de Miramar.

Estos cuadros habían sido un regalo del capitán á Guadalupe.

Los muebles eran de bejucos, como se estila en los lugares donde el sol es abrasante.

Despues de un momento de contemplacion amorosa, acercose la joven á su amante.

—Capitan, estas triste, dijo tomando entre las suyas la mano del austriaco.

—Si supieras, alma mia, que los instantes que paso á tu lado son los únicos felices de mi vida!.... Si, Guadalupe, yo olvido mis pesares con tu amor.... es tan dulce olvidar las inquietudes de una suerte siempre contraria y hallar este remanso de felicidad!

Mi cariño es inmenso, dijo la joven, yo quiero vivir con tus pesares, me parece que partiéndolos conmigo se disminuyen, yo tengo lágrimas que verter.

—Pobre niña! tú has aceptado un porvenir que va á parar en un abismo.

—No te quiero así, ¿por qué el cielo nos ha de negar una felicidad sotana tanto tiempo? pronto seré tu esposa, ¿yo es verdad?

El joven inclinó la cabeza y una lágrima se deslizó de sus pupilas, como el amargo jugo del corazon.

—Yo espero ese dia, continuó la joven, con ansia; porque mi amor ya no cabe dentro de mi alma.

—Guadalupe, tú sabes que yo cumpliré con los deberes que me impone este amor que te profeso, si el infortunio no abre una tumba á mis pies.

—A qué pensar en la desgracia? yo quiero que vivas para mí, porque la felicidad no la concibo si no es á tu lado; porque tambien tú me amas, ino es cierto? ¿No es verdad que me amas mucho?

—Con el corazon! tú eres toda mi esperanza, todo mi orgullo! Guadalupe, tú no sabes toda la paz que se difunde en mi existencia cuando estoy bajo este techo, aquí llega dulcemente el recuerdo de mi buena madre á quien miro todavia sepultada en el dolor por mi ausencia.... ¡hora terrible! allá en el palacio rodeado de mis hermanos me suspicaba que no dejara las playas natales porque se moriría de pesadumbre.

—¿En el palacio? preguntó con estraneza Guadalupe.

—Sí, dijo el joven, como yo soy de la guardia imperial, allí fué mi feliz madre á despedirse. Estos recuerdos de familia no los he sentido tan palpitantes como ahora; me parece que he vuelto á los primeros años en esos días felices en que el hogar es como el nido para las golondrinas,

en que todo se ve color de rosa, en que la juventud se despierta á la alborada de las ilusiones y á los sueños de la gloria y de la ambicion.

Detúyose el jóven al pronunciar esta palabra como tocado por un resorte.

—La ambicion! la ambicion! es la vorágine que todo lo traga, que todo lo devora, es el fatalismo de la existencia; sí, Guadalupe, yo me he sentido arrastrar por ese torrente, y ya no puedo contenerme; mis pies se resbalan entre sangre y voy en una pendiente horrible; porque yo tengo delante todas las victimas sacrificadas á la ambicion.... allá, mas allá de los mares que tocan las playas europeas, hay tumbas abiertas de cuyo seno se levantan gritos de venganza, anatemas e imprecaciones!... la sangre de las victimas salpica la corona, y el manto imperial está manchado. Tú ignoras que tu suelo patrio es un cementerio que está tapizado de victimas inmoladas tambien en aras de la ambicion.... no, vivir así es aceptar el infierno, abdicar del corazon, arrancarse las entrañas! Dios marca al hombre con la sangre que derrama, y el dia de la justicia eterna tiene de aparecer en el horizonte de la vida!

—Pero tú no has matado á nadie gritó Guadalupe: tú como soldado has combatido por tu bandera sin que tu mano haya firmado nunca una sentencia de destrucción y aniquilamiento. Entre un soldado que lucha en los campos de batalla, terreno del honor, y un rey que en el silencio de su cámara ordena la muerte y exterminio, hay un abismo.

Escúchame, capitan, tú no has nacido para la guerra; tu corazon no se ha podido encallecer en los campamentos, la sangre te horroriza, la muerte te causa pavor, vuelve tu espada al emperador, y vivamos en el silencio de una existencia tranquila.

—Imposible! estoy en tierra extraña, el pueblo nos detesta, odios y rencores nos asaltan por todas partes, el puñal nos acecha, nuestro paso marcado por la destrucción no cosechará sino desgracias.

Guadalupe inclinó la frente y comenzó á llorar en silencio.

El jóven se paseaba á largos pasos en el aposento, estaba delirante, impresionado.

Sostenía una lucha terrible con el mar inquieto de sus ideas, y no se apreciaba de lo que pasaba en su derredor.

Al pasar por la puerta que daba al jardin, avanzó algunos pasos en busca del aire fresco de la noche, sentia abrasarse su sangre y sus sienes latían violentamente.

Volvió su vista hacia el aposento, y contempló á Guadalupe, á aquella